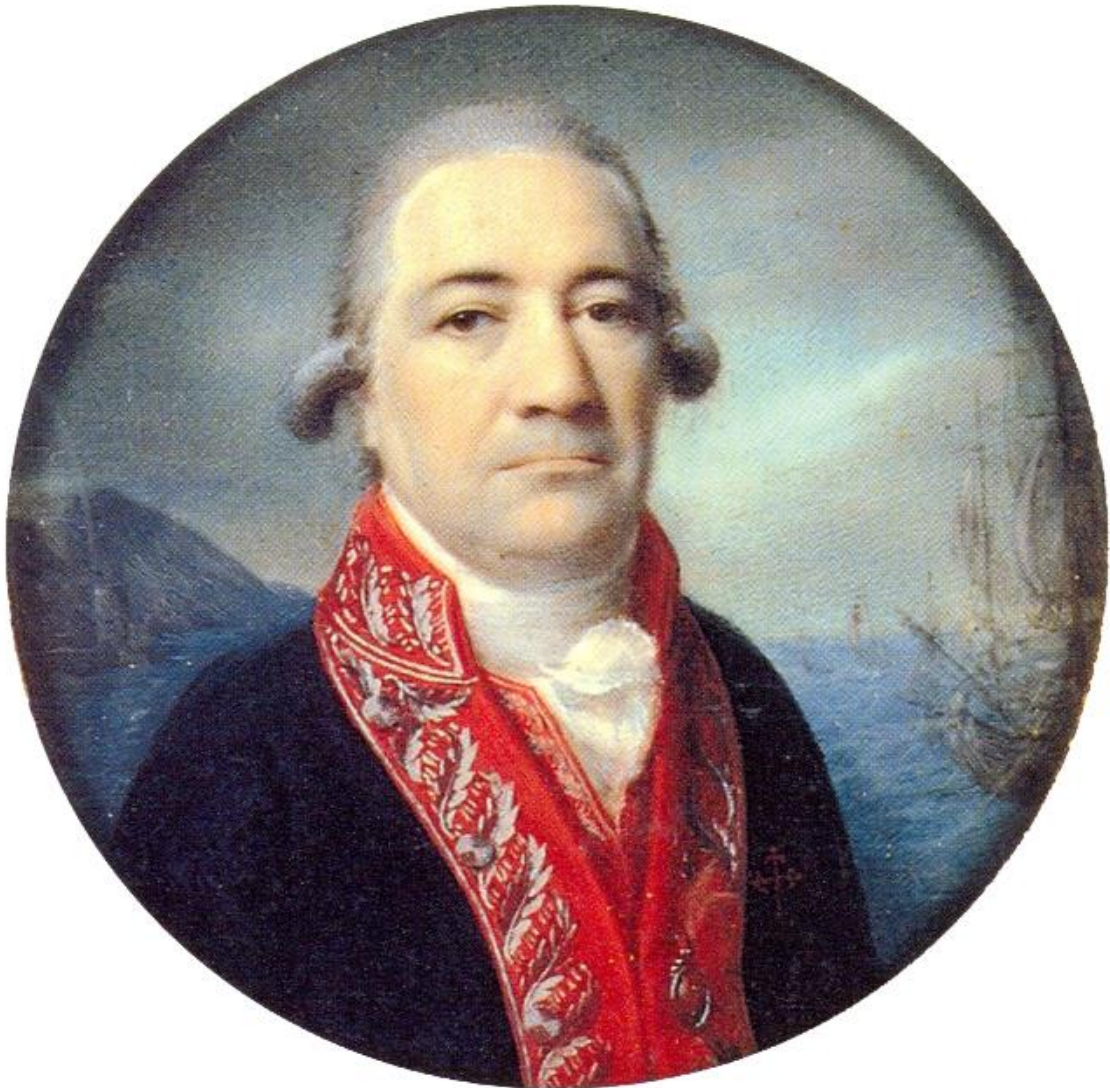


EL ALMIRANTE JOSÉ DE MAZARREDO, UN MILITAR EN LA
DIPLOMACIA HISPANA DE FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

Alumno: Julen Calleja

Grado de Historia. Curso 2015-2016



Tutora: Rosario Porres Marijuán

Facultad de Letras

Departamento de Historia Medieval,
Moderna y América

ÍNDICE

1. <u>RESUMEN</u>	3
2. <u>JOSÉ DE MAZARREDO, MILITAR Y CIENTÍFICO</u>	4
3. <u>MAZARREDO, DIPLOMÁTICO Y POLÍTICO AFRANCESADO</u>	10
- 3.1.- <i>Embajador ante Napoleón</i>	10
- 3.2.- <i>La caída en desgracia de Mazarredo. La Zamacolada</i>	16
- 3.3.- <i>La etapa josefina de Mazarredo</i>	18
4. <u>CONCLUSIÓN</u>	21
5. <u>APÉNDICE DOCUMENTAL</u>	23
6. <u>BIBLIOGRAFÍA</u>	25

«Tenemos la satisfacción de ver que todo el mundo mira a D. José de Mazarredo como un oráculo y que aún los más altos le rinden obediencia; de todo le hace digno su singular habilidad. Si la España fuera capaz de dar buena acogida al mérito, ¿qué premio habría para este hombre que fuera capaz de recompensarle?» COSME DAMIÁN DE CHURRUCA

1. RESUMEN

La vida de José de Mazarredo, marino ilustrado, es una de las más representativas del período que comprende el cambio del siglo XVIII al XIX, una etapa turbulenta y sacudida por continuos vaivenes políticos en los que España perdió la oportunidad de subirse al carro de la modernidad y la Ilustración. Como hombre arquetípico de su tiempo, Mazarredo encarnó en su persona los más excelsos ideales ilustrados y dedicó por entero su vida a ellos. Fue uno de los más eminentes marinos comprometidos con el progreso científico, con la formación de oficiales y, sin duda, el responsable de la mayor parte de la actividad náutica española del último cuarto del siglo XVIII. A él se debe la mejora de los estudios teóricos y prácticos, los avances de la hidrografía, la construcción naval y el régimen de policía y disciplina de los buques. No obstante, pese a ser un militar, no solo se dedicó a la labor castrense. También se desempeñó como diplomático, científico y político. En el presente trabajo desarrollaré la biografía de tan ilustre marino, en particular los dos episodios más relevantes de su vida: su experiencia como diplomático en París y su etapa como ministro de José I Bonaparte.

2. JOSÉ DE MAZARREDO, MILITAR Y CIENTÍFICO

José Domingo de Mazarredo y Gortázar nació en Bilbao el 8 de marzo en 1745, en el palacio familiar situado en el nº 14 de la calle Bidebarrieta. Fue el quinto de los ocho hijos del matrimonio formado por don Antonio José de Mazarredo Morgan Salazar de Muñatones y Rucabado y doña María Josefa Gortázar y Pérez de Arandia. La familia paterna pertenecía a uno de los linajes más importantes y distinguidos de Vizcaya, los Salazar de Muñatones. Su padre fue Caballero de la Orden de Santiago en 1776, Teniente de Navío de la Real Armada, Regidor en 1739 y alcalde de la villa de Bilbao en 1744. José Domingo casó el 13 de diciembre de 1778 con su sobrina doña María Antonia de Moyúa y Mazarredo, con la que tuvo una hija, doña Juana de Mazarredo y Moyúa. No fue el mayor de los hermanos, por lo que pudo gozar de una mayor libertad en su infancia, al no ser el principal heredero del legado familiar. Esta tarea recayó sobre su hermano Juan Rafael José Ciriaco de Mazarredo y Gortázar quien, al igual que su padre y su abuelo, realizó carrera política en el Señorío, llegando a ser Diputado General de Vizcaya. Así pues, José Domingo descendía de una reseñable saga de políticos y prohombres bilbaínos y, gracias a la elevada posición social de su familia, recibió una amplia educación acorde con su estatus social y muy influida por el ambiente ilustrado que se respiraba en el Bilbao del siglo XVIII¹.

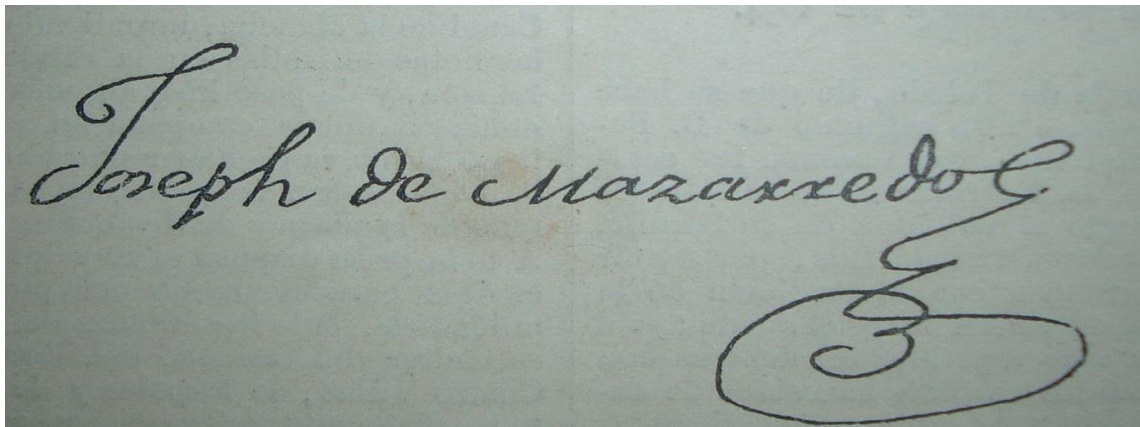
La influencia de una infancia en una villa tan vinculada al mar como era Bilbao, y el hecho de que su propio padre fuese Teniente de la Armada, hizo despertar en Mazarredo, al igual que en muchos jóvenes vascos de la época, la vocación por el mar². De modo que el 17 de febrero del año 1759, cuando apenas contaba con 14 años, Mazarredo sentó plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz³. Esta era una institución de enseñanza militar en la que se formaba la mayor parte de la oficialidad que nutría las filas de la Armada española. Tras la Guerra de Sucesión, Felipe V encomendó a José Patiño y Rosales la tarea de reconstruir la Armada, que había sufrido

¹ Era hijo único de don Antonio José de Mazarredo y Salazar de Muñatones, regidor de Bilbao en 1715 y 1743, alcalde en 1725 y 1733 y que fue también Diputado General del Señorío de Vizcaya en 1740. Hijo, a su vez, de don Cosme de Mazarredo Elejalde, natural de San Juan de Musques, Caballero de Calatrava (1671), y de doña Lorenza Antonia Salazar de Muñatones Arias. Ella era señora de las casas, mayorazgos y patronatos de Salazar de Muñatones. DUQUE DE ESTRADA, M^a D. y SCHULER, S, «La presencia del linaje Guendica y sus ramificaciones en los reinos de las Indias» en *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*. Vol. X. Madrid, 2007, pp. 36-39.

² CERVERA, J, «El almirante Mazarredo: un marino profesional en un marco ilustrado» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, p. 96.

³ VIGÓN, A M^a, *Colección Antonio de Mazarredo*. Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1987, p. 3.

un considerable descrédito en las últimas décadas y se hallaba en una situación deplorable. Ello requería en primer lugar de la existencia de un centro para la instrucción de una oficialidad que cubriese las necesidades de una Marina moderna. A tal efecto se creó la Academia de Guardiamarinas en 1717. En la *Instrucción para el Gobierno, educación, enseñanza, y servicio de los Guardias Marinas, y obligación de sus oficios y Maestros de facultades*, Patiño estableció unos métodos de enseñanza que buscaban el punto intermedio entre la formación de meros prácticos de la navegación al modo británico, y la formación puramente teórica de la escuela francesa. La Academia ofrecía una instrucción práctica complementada con una formación de base matemática. Es decir, se introducía a los cadetes en el mundo científico, junto con un adiestramiento puramente militar⁴, para crear una nueva oficialidad capacitada para desenvolverse con soltura en campos que iban más allá de la propia ciencia náutica.

A photograph of a handwritten signature in dark ink on a light-colored paper. The signature reads "Joseph de Mazarredo" in a cursive script. Below the name is a large, stylized flourish or monogram that appears to be a combination of the letters 'J' and 'M'.

En pocos años la Compañía de Guardiamarinas se convirtió en el referente nacional para la formación de la oficialidad de la Marina⁵. En sus instalaciones recibieron instrucción los marinos más ilustres que tuvo la Armada española a partir del siglo XVIII. Mazarredo ingresó en la Academia en una época en la que la Armada estaba inmersa en el proceso de renovación que durante el reinado de Carlos III llevaron a cabo Patiño y Ensenada. Este proceso influyó enormemente en el joven marino, quien tomó conciencia de la importancia que representaba el mantenimiento de una buena

⁴ LAFUENTE, A. y SELLÉS, M., «El Proceso de institucionalización de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz 1717-1748», en *Actas del III Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*. CSIC, 1986, Vol. 2, p. 154-155.

⁵ La Academia de Cádiz pronto se quedó pequeña ante la gran demanda de solicitudes para ingresar por lo que se hizo necesaria la creación de dos nuevas academias en Cartagena y Ferrol en 1776. LÓPEZ-SÁNCHEZ, J.F. y VALERA, M., «El Observatorio Astronómico de la Academia de Guardias Marinas de Cartagena», en *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 17, 1994, p. 344.

Armada en aras de una sólida posición española en el escenario internacional. Desgraciadamente, como se comentará más adelante, también fue espectador del declive sufrido por esta misma Marina desde la década de 1790 hasta la guerra de Independencia⁶, a pesar de todos sus encomiables esfuerzos por evitarlo.

Su gran capacidad de aprendizaje, organización y trabajo pronto hicieron destacar al joven Mazarredo dentro de la Academia, y le hicieron merecedor de una muy alta estima por parte de sus superiores. Desde su ingreso en 1759, el mismo año en el que embarcó para hacer sus primeras prácticas en la mar, hasta 1766 en que fue ascendido a alférez de fragata, fue alternando los períodos académicos en Cádiz con los viajes en el mar, en los que, además de continuar los estudios teóricos, se iba familiarizando con la dura vida marinera. A lo largo de los años se pusieron de manifiesto los profundos conocimientos adquiridos en muy diversas materias por Mazarredo en la Academia, destacando su pericia en el campo de la astronomía. Gracias a la instrucción recibida en Cádiz y a su propia vocación personal, además de militar Mazarredo era también un reputado hombre de ciencias. Su pasión por las observaciones astronómicas propició que en 1771, siendo teniente de navío en una expedición a Filipinas a bordo de la fragata *Venus*, hallara el procedimiento para determinar la longitud en el mar a partir de la altura de los astros⁷. La medición exacta del meridiano ya se había logrado realizar con éxito en Inglaterra poco tiempo antes, pero el método aún era desconocido en España⁸. Este descubrimiento supuso uno de los más importantes avances para la náutica española, y, además, evitaba que España quedase muy rezagada respecto a los ingleses en cuanto a avances científicos se refiere. En sus primeros años, Mazarredo participó en varias expediciones científicas a América, Filipinas y el Mediterráneo. Estos viajes dejaron como legado numerosos escritos y diarios de navegación de gran valor científico que le valieron el reconocimiento y respeto de los más reputados especialistas de la época. No obstante, este reconocimiento no impidió que, tal y como comprobaremos más adelante, Mazarredo sufriera en los años posteriores un inmerecido ostracismo, y desprecio, por

⁶ CERVERA, J., ob. cit., pp. 95-96.

⁷ VIGÓN, A. M^a, ob. cit., p. 3.

⁸ DEZCALLAR, R., «El Almirante Mazarredo, ilustrado y afrancesado», en *RIEV* 4, 2009, p.

parte de los organismos y autoridades estatales⁹, sumidos en un “sentimiento de desarraigo del ejercicio científico”¹⁰.

El almirante fue también hombre muy preocupado por la educación y la formación moderna e ilustrada. En la propia Armada desarrolló grandes proyectos para favorecer la formación y estructuración de la institución. Se dedicó arduamente y con esmero a dicha labor, con el objetivo de formar verdaderos hombres de ciencia para la Armada. Fundó el Observatorio Astronómico de San Fernando¹¹ en 1793, siendo esta otra de sus grandes aportaciones al campo de la astronomía en España. Su nombramiento como capitán de la Compañía de Guardias Marinas de Cartagena permitió a Mazarredo ocuparse de la reorganización de la Compañía y de la reforma de los planes de estudio de los alumnos. Logró elevar el nivel científico de los estudios a la par que intensificaba la instrucción práctica mediante cruceros en el Mediterráneo en buques destinados a este fin¹². El incansable marino ilustrado quiso romper con lo arbitrario, confuso y pernicioso del mundo naval poniendo orden, estableciendo criterios y reglas para convertirlo en una máquina de eficientes engranajes que fuera capaz de defender las posesiones de España y, al mismo tiempo, velar por el progreso científico y tecnológico¹³.

Sin embargo, impulsado por su polifacética personalidad ilustrada y su mentalidad reformadora, Mazarredo no se dedicó exclusivamente a la mejora de la instrucción militar y las investigaciones científicas. Su obra abarcó, como ya hemos ido comprobando, numerosos ámbitos¹⁴, pero la labor que más problemas y quebraderos de

⁹ GONZALEZ-RIPOLL, M^a D., *Bajo pólvora y estrellas. Churruca y otros marinos vascos de la Ilustración*, Museo Naval. San Sebastián, 2000, p. 17.

¹⁰ Sellés, Lafuente y Peset, señalan que la falta de un organismo rector de las actividades científicas en España en el siglo XVIII (una Academia de Ciencias al estilo de otros países), y el fervor por lo utilitario y lo práctico, desembocaron en un sentimiento de “desarraigo” del ejercicio científico. SELLÉS, M.; PESET, J. L.; LAFUENTE, A., «Las actividades e instituciones científicas en la España ilustrada», en *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Alianza Universidad, Madrid, 1989, pp. 29-79.

¹¹ DEZCALLAR, R., *ob. cit.*, p. 225.

¹² VIGÓN, A. M^a, *ob. cit.*, p. 3.

¹³ FERNÁNDEZ, F., *Los ideales científicos y políticos de los marinos ilustrados españoles del siglo XVIII*, Universidad Complutense de Madrid, 2014, pp. 323-324.

¹⁴ De hecho, el saber de Mazarredo fue siempre más allá de la marina y como Jorge Juan, su admirado maestro, entendía absolutamente de todo. Por eso no choca que demandasen el auxilio de sus luces no solo las compañías de navegación, sino sociedades tan variopintas como la de los Pantanos de Lorca, que le consultó sobre la inspección de obras, o la del acueducto de Pamplona, que sometió a su consideración los planos del proyecto. NUÑEZ, I., *El Teniente General de la Real Armada Don José de Mazarredo Salazar y Cortázar*, Diputación de Vizcaya, Bilbao, 1945, p. 12.

cabeza le dio al incansable bilbaíno fue la de garante del buen estado de la flota española en todos sus aspectos. Desde los inicios de su carrera, Mazarredo dio grandes muestras de su capacidad de organizador y reformador de la Armada, a la par que mostraba su preocupación por el estado de los buques, el armamento y el propio bienestar de la tripulación. Numerosos fueron los informes que hizo llegar a Godoy, cuando este era Secretario de Estado de Carlos IV, quejándose de las deficiencias de la Marina y pidiendo más recursos para su mejora. Al valido, las peticiones de Mazarredo le parecían excesivas, teniendo al marino por un incordio que siempre divulgaba las deficiencias de su gobierno. De hecho, Godoy tendía a menospreciar las recomendaciones del almirante en lo tocante a lo naval, primando siempre el interés político frente a lo que el sentido común aconsejaba. En 1796, ante los profundos recortes impuestos a la flota, Mazarredo elevó una airada queja al Príncipe de la Paz, a lo que este respondió mandándole al exilio¹⁵. Esta mala relación con sus superiores políticos hizo crecer en Mazarredo un resentimiento hacia esa elite, que posteriormente influiría en las decisiones que tomaría hacia el final de su vida.

En el campo militar Mazarredo comenzó desde muy temprano a llamar la atención de sus superiores, dada su pericia táctica en combate. Destacó notablemente tanto en la fracasada expedición a Argel de 1775, por su excepcional organización del desembarco y reembarco de las tropas de tierra, lo que evitó un desastre aún mayor. Los excelentes servicios de Mazarredo en Argel motivaron que el rey Carlos III le concediese sucesivamente, y con el solo intervalo de nueve meses, los ascensos a capitán de fragata y capitán de navío¹⁶. Pocos años después de la campaña de Argel, como consecuencia de los pactos de familia con Francia, España e Inglaterra reanudaron las hostilidades y en 1779 Mazarredo tomó parte relevante como mayor general de una división de la Escuadra del Mar Océano que combinada junto a la francesa navegó frente a la costa inglesa con el objetivo de bloquear sus puertos. Tras ello, fue nombrado mayor general de la misma Escuadra y a partir de entonces su prestigio fue aumentando progresivamente dentro de la Armada gracias a su talento y mérito¹⁷. Los éxitos militares logrados por Mazarredo, unidos a su renombre como organizador, llevaron al

¹⁵ KUETHE, A., «La crisis naval en tiempos de Carlos IV» en *Minervae Baeticae, Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 2ª época, 42, 2014, p. 277.

¹⁶ BARBUDO, E., *Don José de Mazarredo, Teniente General de la Real Armada*, Madrid, 1945, p. 805.

¹⁷ VIGÓN, A. M^a, *ob. cit.*, p. 3.

rey Carlos III a encargarle en 1783 la elaboración de las *Ordenanzas Generales de la Real Armada*, vigentes en la Marina española hasta muy avanzado el siglo XX¹⁸, que para muchos expertos en náutica fue la obra cumbre de su carrera, en la que puso de relieve sus cualidades reformadoras y su profunda experiencia en la vida de marino, tanto en mar como en tierra¹⁹.

En 1786 fue nombrado comandante de las Compañías de Guardias Marinas de Cádiz, Ferrol y Cartagena, cargo que conservará hasta su muerte, aunque no pudo ejercerlo entre 1801 y 1808 por desavenencias con la Corte. Con la llegada de Pedro Varela y Ulloa²⁰ a la Secretaría de Marina, Mazarredo hubo de rendir un informe sobre el estado de la Escuadra del Mediterráneo en el que expuso su crítica situación y la exigencia de reformas de urgencia. Las aseveraciones de Mazarredo disgustaron al nuevo ministro quien le destituyó. El descalabro de dicha escuadra en San Vicente²¹, al mando de un marino de menor talla que Mazarredo, hizo realidad los peores vaticinios. Los oficiales presionaron para que el almirante tomara de nuevo el mando y el rey lo nombró Comandante General. Decidido a formar una verdadera escuadra, Mazarredo aseguró la defensa del puerto de Cádiz²². Gracias a la eficacia de las medidas tomadas se pudo repeler un ataque inglés dirigido por el almirante Jervis. Pocos años después se le encomendó la importante tarea de representar a su país ante Napoleón, en el que sería el último mando de una escuadra de su carrera.

Mazarredo, al igual que muchos de sus compañeros, era un hombre imbuido por el ideario ilustrado de su época, y de ello dio buena cuenta a lo largo de toda su vida. Y como humanista y marino ilustrado que era, el almirante siempre fue muy sensible a la vida y las condiciones del hombre en la mar, a las penurias de aliados y enemigos en la guerra y a los abusos y miserias que se sufrían en los territorios de Ultramar. En numerosas ocasiones Mazarredo tuvo que emplearse a fondo para conseguir de sus superiores buenos alimentos e indumentaria decente para sus tripulaciones. En algunos

¹⁸ DEZCALLAR, R., *ob. cit.*, p. 225.

¹⁹ VIGÓN, A. M^a, *ob. cit.*, p. 4.

²⁰ Pedro Varela y Ulloa fue un funcionario de Hacienda nombrado ministro de marina por Godoy para recortar los gastos de la Armada. KUETHE, A., *ob. cit.*, p. 276.

²¹ La batalla del Cabo de San Vicente tuvo lugar el 14 de febrero de 1797 frente al Algarve portugués. La escuadra de España, aliada de Francia a merced del Tratado de San Ildefonso, sufrió una enorme derrota frente a la escuadra inglesa al mando de John Jervis, inferior en número, debido al mal estado de los buques. CEPEDA, J., «El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón», en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp. 67-68.

²² GONZALEZ-RIPOLL, M^a D., *ob. cit.*, p. 123.

casos incluso, como en el dramático episodio de Brest del que se hablará más adelante, el bilbaíno tuvo que pagar de su propio bolsillo comida y ropa para evitar que sus hombres pereciesen de inanición y frío.

A lo largo de toda su vida Mazarredo siempre busco rodearse de los personajes más ilustres de la España de su época. Por ello, no es extraño que participara junto con otros nombres ilustres en las tertulias de la condesa de Montijo. Entre algunos de estos personajes ilustres se hallaban nombres como Jovellanos, Francisco de Cabarrús, Pedro de Silva, hermano del marqués de Santa Cruz, Juan Meléndez Valdés, Llaguno y Amírola, Martín Fernández Navarrete, el obispo Antonio Tavera, Juan Pablo Forner, el arquitecto Pedro Arnal, Mariano Luis de Urquijo y Goya²³. Estas compañías permitieron al almirante estar siempre al tanto de la vanguardia ilustrada del momento favoreciendo el intercambio de ideas y un horizonte más amplio de conocimientos.

3. MAZARREDO, DIPLOMÁTICO Y POLÍTICO AFRANCESADO

A pesar de su condición de militar dedicado a la vida en el mar, Mazarredo recibió los más variados encargos por parte de sus superiores. Encargos, por otra parte, alejados de las competencias de un marino, pero que, sin embargo, en aquellos tiempos no eran nada fuera de lo común dada la excelsa y extensa formación que recibían los oficiales militares ilustrados.

3.1. Embajador ante Napoleón

La misión como embajador plenipotenciario de la Armada ante Napoleón supuso uno de los hitos más importantes en la carrera de José Mazarredo. El encargo, realizado por Mariano de Urquijo²⁴, consistía en negociar junto con Napoleón las próximas maniobras a realizar por la escuadra franco-española resguardada en el puerto francés de Brest. Sin embargo, Mazarredo se vio pronto inmerso en una lucha por lograr retener el control de los navíos españoles alejados de las ambiciones francesas.

²³ PÉREZ, P.; MÓ, E., «Las mujeres en los espacios ilustrados», *Signos Históricas*, 13, 2005, p. 53.

²⁴ El bilbaíno Mariano Luis de Urquijo fue Secretario de Estado y del Despacho de Carlos IV entre 1798 y 1800 y Ministro Secretario de España al servicio de José Bonaparte entre 1808 y 1813.

En 1799 las relaciones entre España y Francia no atravesaban su mejor momento. Ya un año antes, la alianza franco-española había llegado a su punto más tenso. En plena guerra contra los ingleses, los franceses acusaban a los españoles de retrasar en todo momento la entrada en acción de la flota de Su Majestad Católica y no soportar una mayor carga del conflicto. En un desesperado intento de evitar más deterioros en la alianza, Godoy ordenó ese mismo año que la escuadra apostada en Cádiz y al mando del almirante Mazarredo abandonase el puerto para enfrentarse a los ingleses que tenían vigilada la bahía. Sin embargo, a los pocos días de partir, Mazarredo ordenó retirarse de nuevo a Cádiz con objeto de evitar una confrontación directa con la flota rival, lo que habría supuesto una nueva tragedia naval del calibre de la sufrida en el Cabo de San Vicente en 1797²⁵. La decisión de Mazarredo demostró ser la correcta, no obstante, esta retirada táctica no convenció a los franceses y orquestaron la caída en desgracia de Godoy pocos meses después.

El sustituto de Godoy al frente de la Secretaría de Estado fue Mariano Luis de Urquijo, bilbaíno como Mazarredo. Para intentar congraciarse con el Directorio francés, ordenó que su paisano se trasladase al puerto de Brest al mando del grueso de la Armada española del Atlántico para formar una escuadra combinada que pudiese desafiar a la todopoderosa Royal Navy. Napoleón, en sus ansias de dominar Europa y someter a sus eternos rivales, los ingleses, sabía que debía destruir su flota y derrumbar su próspero comercio marítimo y para ello debía contar con la colaboración española. Como contrapartida, Napoleón hacía vagas promesas sobre concesiones territoriales en Italia para la Corona española. Ejemplo de ello es la cláusula que, en el segundo Tratado de San Ildefonso, recogía que Napoleón se comprometía a aumentar los territorios del Infante duque de Parma a cambio de Luisiana y seis navíos²⁶.

Mazarredo arribó en el puerto de Brest el 8 de agosto del año 1799²⁷, y pocos días después, fue llamado a París para dar comienzo a las negociaciones con el Directorio. Allí acudió a negociar los movimientos de la flota combinada. Sin embargo, el verdadero objetivo de los franceses era hacerse con el control directo de la flota, sin intermediación de las autoridades españolas. Ello supondría ceder a Francia los mejores

²⁵ CEPEDA, J., ob. cit., pp. 67-68.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 72-73.

²⁷ FUGIER, A, *Napoleón y España 1799/1808*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008, p. 82.

y más costosos navíos españoles junto con un nada desdeñable número de marineros veteranos, quienes no abundaban en la Armada en aquellos tiempos. El control de la Royal Navy en todos los mares era casi total, y la flota franco-española se hallaba en una posición muy delicada. Y para más inri, la decisión de reunir la flota en Brest, en pleno Canal de la Mancha, en contra del criterio de Mazarredo, posibilitó un eficaz boqueo de la Royal Navy, manteniéndose la flota combinada recluida más de dos años y medio. En este período de tiempo, los marinos españoles arrinconados en Brest hubieron de sufrir incontables penalidades a causa de las pésimas condiciones de vida. Un buen número sucumbió a la inactividad, el frío clima de la región del Canal, la mala alimentación, la falta de vestimenta adecuada y las enfermedades habituales de la vida en el mar. Todo ello a pesar de las elevadas sumas de dinero que España daba a Francia para el mantenimiento de la flota²⁸. Mientras tanto, Mazarredo se afanaba en lograr un acuerdo rápido y satisfactorio que desbloquease esta situación. Como podremos comprobar, las expectativas del almirante distaron mucho de cumplirse.

La estancia del almirante en París fue larga e infructuosa. Poco antes de su llegada a la capital francesa habían acaecido los sucesos del 18 de Brumario y Napoleón ocupaba ya el cargo de Primer Cónsul de la República. Era deseo del corso que la flota combinada hispanofrancesa liberara primero la sitiada Malta y se dirigiera después a Egipto, en el marco de su lucha contra Inglaterra por extender su influencia hacia Oriente²⁹. En Egipto se hallaban los restos del ejército expedicionario francés, un gran contingente de soldados que Napoleón necesitaba para sus campañas en el continente europeo. El reputado almirante inglés Nelson había cortado toda vía de contacto con dicho ejército aislándolo de Europa. Sin embargo, este proyecto era perjudicial para los intereses españoles. En el caso de haber accedido al plan, la presencia de buques españoles en aguas pertenecientes al Imperio Turco habría supuesto una declaración de guerra que no favorecía en absoluto el comercio español en el Mediterráneo³⁰.

El otro punto del plan de Napoleón era la invasión de las Islas Británicas, un proyecto utópico e imposible para Mazarredo dada la superioridad naval inglesa. Por ello, se afanó en presentar un proyecto que fuese beneficioso para ambas partes y no solo para los franceses: para lograr arrebatarse el control del Mediterráneo a los ingleses

²⁸ CEPEDA, J., *ob. cit.*, pp. 75-77.

²⁹ DEZCALLAR, R., *ob. cit.*, p. 228.

³⁰ FUGIER, A., *ob. cit.*, p. 99.

era imprescindible antes reconquistar Menorca. Si los ingleses se quedaban sin su base menorquina el Mediterráneo quedaría libre de la influencia británica. Además, insistió en que usar el puerto de Brest como base de operaciones no era lo más idóneo en aquellos momentos. El puerto de Cádiz reunía unas condiciones mucho más favorables para tal uso, a lo que había que añadir que cuanto más lejos estuviesen las bases inglesas de sus flotas de bloqueo, la Royal Navy tendría más dificultades para mantenerse patrullando frente a los puertos de Francia o España³¹.

A lo largo de los dos duros años de negociaciones Mazarredo no cesó de enviar extensos informes a Napoleón argumentando sus planteamientos. Siempre de la forma más diplomática posible, trataba de hacer entender a Napoleón los defectos de las arriesgadas empresas que proponía. Mazarredo creía que el francés, a pesar de ser un magnífico general, no conocía el arte de la guerra en el mar y no perdía ocasión de demostrárselo³². Y así, aunque se presentaba como firme partidario de la alianza con Francia contra Inglaterra, al mismo tiempo se mantenía firme en su postura: «*Si dos potencias aliadas no pueden hacer sus respectivas observaciones para mejorar las primeras concepciones –decía– la alianza perdería las ventajas del concierto reflexivo que es el que debe reglar las operaciones*».³³ Mazarredo temía perder la flota entera en una acción desafortunada ante una flota inglesa que era superior³⁴. Pero Bonaparte se negaba a ceder. Estaba obcecado en lograr el control total de los navíos españoles, y la firmeza de Mazarredo en sus posturas lo encolerizaba. Al marino le frustraba el tener que soportar cómo Napoleón, quien no sabía nada de la guerra en el mar, desoía sus consejos y ninguneaba sus razonamientos. El bilbaíno trataba en todo momento en

³¹ CEPEDA, J., ob. cit., p. 78.

³² Ibídem, p. 78.

³³ DEZCALLAR, R., ob. cit., p. 228.

³⁴ En un «Resumen de los planes del general don Joseph de Mazarredo sobre movimiento y acción de las fuerzas navales de las dos potencias aliadas» que envía a Napoleón en 8 de marzo de 1800 aparecen los siguientes principios: 1º La Marina inglesa, sola, es superior a todas las Marinas de Europa. Puede perseguir a todas a cualquier parte del mundo; 2º Las de Francia y España son mucho menos del tercio de la inglesa. [...]; 3º Los ejércitos de tierra se reemplazan con levadas de hombres y con dinero. No así las armadas de mar que, destruidas, no pueden levantarse durante la guerra; 4º Las Marinas de España y Francia no podrán reputarse inactivas, [...]; 5º Las Marinas de Francia y España, en su inferioridad no pueden intentar operaciones que no sean por un término de sorpresa [...]; 6º Las escuadras y los navíos de guerra con transportes dentro no son escuadras y navíos que pueden medirse con otras y otros de igual fuerza sin tal embarazo». CEPEDA, J., ob. cit., p. 80.

mostrarse cortés y expresarse con buenas palabras, mientras que el corso se enfurecía ante la entereza y firmeza de su interlocutor³⁵.

A pesar de la aparente cordialidad en las negociaciones, era más que notable su desesperado deseo de Mazarredo de abandonar París y retornar con sus barcos a España. Lamentaba haberse dejado encerrar en Brest al mando del gobierno francés. Bonaparte aprovechaba esta situación como medida de presión en caso de no conseguir de Madrid la aprobación a su propuesta de ayuda directa a Egipto. En la capital española, el gobierno dirigido por Urquijo no cedió a las presiones del Primer Cónsul y continuó avalando a Mazarredo. Esto obligó a Bonaparte a cambiar de estrategia, y como no se fiaba del almirante vasco y empezó a negociar a sus espaldas con su segundo, Federico Gravina. Al enterarse el vasco del juego que se traía Napoleón entre manos, trató de obstaculizar la salida de los barcos españoles de Brest. Pero tras unas tensas discusiones mantenidas los primeros días de marzo de 1800, accedió³⁶, aunque diez días después rectificó, aduciendo haber sido engañado por Bonaparte y amenazando con volver a Brest para ponerse personalmente al mando de su escuadra para salir con los franceses, pero acompañándolos solo hasta Gibraltar y separarse después para resguardar todas las naves españolas en Cádiz.

Ante el temor de que Mazarredo cumpliera sus amenazas y viendo que Urquijo se mostraba tan firme como su paisano, Napoleón ordenó a sus embajadores en Madrid tratar directamente con Godoy los asuntos de política exterior. Esto significó la caída en desgracia de Urquijo a ojos del rey y el gobierno español. Urquijo era el mayor valedor de Mazarredo, de la misma forma que este último fue siempre la mejor baza del político. Por tanto, a la destitución de Urquijo pronto le siguió la de Mazarredo, en diciembre de 1800, y ambos quedaron relegados al ostracismo³⁷. Sin embargo, André Fugier afirma que “*la resistencia de los españoles fue en realidad muy útil a la causa común, porque impidió que la flota conjunta acudiera a la derrota ante la escuadra inglesa*” que bloqueaba el puerto de Brest. Solo una vez que la superioridad de estos se hizo claramente evidente – 45 navíos frente a los 30 de Mazarredo – Bonaparte dio la razón al bilbaíno y se puso fin a las discusiones³⁸. Aunque eso no sirvió para que el

³⁵ Sobre el tono de las discrepancias entre Napoleón y Mazarredo, véase el Documento nº 1 del Apéndice documental.

³⁶ FUGIER, A., *ob. cit.*, pp. 100-101. Véase Documento nº 2 del Apéndice Documental.

³⁷ CEPEDA, J., *ob. cit.*, p. 77.

³⁸ FUGIER, A., *ob. cit.*, p. 102.

curso terminase por confiar en el criterio de Mazarredo. Poco tiempo después declararía sobre el marino vasco “*no goza en absoluto de mi confianza*” e incluso llegaría a decir “*es un inepto*”³⁹.

En definitiva, la entereza y energía de Mazarredo a la hora de defender la integridad e independencia de las fuerzas navales españolas desquiciaron tanto a Bonaparte, que no le quedó más remedio que presionar a Madrid para que el marino vasco fuese relevado del mando de la escuadra y sustituido por otro más sumiso a los intereses napoleónicos⁴⁰. El rey Carlos IV, débil de actitud y manipulable, junto con un Godoy deseoso de complacer en todo lo posible a Napoleón, recompensó los esfuerzos del almirante en París destituyéndolo el 13 de febrero de 1801 por orden de Bonaparte⁴¹ y enviándolo de vuelta a casa, totalmente humillado y vilipendiado. Era uno más de los síntomas que ponían de manifiesto que España se estaba convirtiendo en una marioneta en manos de los franceses, renunciando a su independencia y poder⁴². El desafortunado marino también fue destituido como Capitán General de Cádiz⁴³, lo cual significaba que, a todos los efectos, el almirante ya no ostentaba cargo alguno en la Marina. En la cima de su carrera profesional, Mazarredo había sido prácticamente forzado a retirarse por la puerta de atrás por motivos puramente políticos. Comenzaba así un largo período de ostracismo para el bilbaíno, una de las etapas más tristes de su vida.

Lo único positivo que Mazarredo pudo traerse de París fue el haber entablado amistad con el abate Sicard, uno de los promotores de la enseñanza de los sordomudos. Como hombre ilustrado que era, siempre preocupado por la educación en general y por todas las innovaciones científicas de la época, se interesó en el nuevo lenguaje de signos para sordomudos desarrollado por el abate. Al volver a España elevó una propuesta al rey para crear una institución para la divulgación de dicho lenguaje, creándose así el

³⁹ *Ibidem*, p. 120.

⁴⁰ BARBUDO, E., *ob. cit.*, p. 814.

⁴¹ FUGIER, A., *ob. cit.*, p. 121.

⁴² Tras ser retirado Mazarredo del mando de la Armada, España llegó a ceder ocho navíos a Napoleón para una serie de ambiciosas operaciones navales que no tuvieron el éxito deseado y constataron que Francia “no tenía en el mar los jefes que hubiera necesitado”. El estado de la Armada española al finales de 1801 era de miseria y abandono absoluto. FUGIER, A., *ob. cit.*, p. 122.

⁴³ DEZCALLAR, R., *ob. cit.*, p. 229.

Colegio de Sordomudos el 9 de enero de 1805 y aprobándose , además, que el abate francés enseñase el método a dos sacerdotes españoles⁴⁴.

3.2. *La caída en desgracia de Mazarredo. La Zamacolada*

Tras la desgraciada experiencia en París, Mazarredo, con 56 años recién cumplidos, se retiró a su Bilbao natal desesperado por el abandono en el que se tenía a la Marina y por mal trato recibido en recompensa a sus esfuerzos por parte de la elite política del país. En Bilbao esperaba hallar tranquilidad y reposo después de largos y ajetreados años de trabajo al servicio de la Marina⁴⁵. Allí coincidió con Urquijo, confinado como él a causa de las intrigas políticas de la Corte. Sin embargo, y al contrario de como deseaban, no lograrán encontrar en la villa vizcaína la paz que los dos ansiaban, pues pronto estalló el suceso que más influyó en sus vidas.

Mazarredo, así como Urquijo y su padre don Francisco, se vieron envueltos en la Zamacolada que estalló el 17 de agosto de 1804, durante la cual grupos de aldeanos armados entraron en la Diputación en Bilbao apresando al corregidor y a varios diputados⁴⁶. Por su prestigio y autoridad, Mazarredo –junto a Urquijo- fue elegido como pacificador y mediador en el conflicto, consiguiendo liberar a los rehenes. A pesar de que como mediadores pusieron sus vidas en peligro, pues sufrieron “empellones y golpes”, el asunto les hizo caer en desgracia y, ante su sorpresa, cuando las tropas reales llegaron a Bilbao, Mazarredo (y los Urquijo) fue sacado de su domicilio por orden del rey, y llevado primero a Burgos, después a Santoña y finalmente a la ciudadela de Pamplona, donde cumplió destierro hasta que en 1807 se le permitió regresar a Bilbao gracias a un indulto general de Godoy⁴⁷. En una sentencia posterior se reconoció su

⁴⁴ GUIMERÁ, A., «Mazarredo, un marino ilustrado y científico» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, p. 40.

⁴⁵ NUÑEZ, I., *ob. cit.*, p. 98.

⁴⁶El origen de la Zamacolada estuvo en el enfrentamiento entre los notables vizcaínos y la burguesía de Bilbao, en el cual los planes de Zamácola, cabeza visible de los notables opuestos a la villa, pretendieron construir un puerto alternativo al de Bilbao, cuyos ingresos hubieran permitido a las autoridades del Señorío cobrar impuestos al estilo de los que recaían en la Villa y en el Consulado, hasta entonces los únicos beneficiarios del tráfico comercial. La explosión de la Zamacolada en agosto de 1804 impidió que estos planes se llevaran a cabo. PORRES, R., «Elites, poder provincial y reformismo borbónico en el País Vasco del siglo XVIII» en LÓPEZ, M. (ed.), *Élites y poder en las monarquías ibéricas. Del siglo XVII al primer liberalismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, p. 150.

⁴⁷ SAIZ, A., «Mazarredo y Urquijo: Entre dos fuegos», *Muelle de Uribitarte*, Bilbao, 2008, p. 78.

inocencia, puesto que solo habían intervenido como pacificadores tratando de evitar el derramamiento de sangre, pero desde la Corte se les ordenó fijar su residencia fuera del Señorío, fuera de Madrid y de otros sitios reales. Celina Ribechini opina que había recelos hacia ellos, ya que Godoy llegaría a ordenar que se les alejase “*para eludir en lo posible sus conciliábulos y nuevas condiciones, sea cual fuere el fin a que pretendiesen dirigirse*”⁴⁸. Cervera habla incluso del odio personal por parte de un prepotente Godoy “*a quien tanto molestaban las continuas protestas que por escrito le eleva Mazarredo quejándose del abandono de la Armada... y vuelca su rencor contra el marino*”⁴⁹. Por su parte, Alex Romero cree que frente a las artimañas de los zamacolistas, Mazarredo y los Urquijo habían revertido la situación ateniéndose al marco foral y que esa fue la causa de su ruina, porque aunque solo actuaron de apagafuegos, con su comportamiento impidieron que pudieran llevarse a cabo los planes de los zamacolistas con los que en la Corte estaban de acuerdo. Por eso, pensando en ser premiados, Mazarredo y los Urquijo recibieron un duro correctivo. “*Lo contrario hubiera supuesto condenar la actuación de los zamacolistas, que en definitiva habían defendido los intereses particulares de la Monarquía*”⁵⁰. En todo caso, aquella arbitrariedad distanció aún más a Mazarredo de la Corona. Y cuando en 1808 Napoleón colocó a su hermano José al frente de una nueva monarquía en España, Mazarredo y Urquijo accedieron a formar parte del gobierno del nuevo rey.

A pesar de todo, y aunque no fuese recompensado por el gobierno de Madrid, Mazarredo sí descubrió que su actuación fue muy apreciada y valorada por sus paisanos tal y como recoge agradecido en su diario:

*«Sobre el íntimo placer de haber hecho llanamente los deberes de mi honor en servicio de V. M. [...] he cogido superabundantemente su fruto, colmado el gozo de mi sensibilidad, en tantas bendiciones de hombres y mujeres de todas edades y clases, que en encuentros y pasos han confundido mis oídos con sus expresiones de respetuosa ternura como ángel de paz... ¿qué sería de nosotros sino por ti y tu amigo?... Dios te guarde...y otras de igual honor».*⁵¹

⁴⁸ RIBECHINI, C., *De la Guerra de la Convención a la Zamacolada. Insumisión. Matxinada. Dispersión*. Ed. Txertoa, Donostia-San Sebastián, 1996, p. 96.

⁴⁹ CERVERA PERY, J., «Mazarredo: un marino ministro de José Bonaparte» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, p. 84.

⁵⁰ ROMERO, A., «Mariano Luis de Urquijo, testigo y protagonista involuntario del motín de la Zamacolada (1804)» en *Brocar*, 33 (2009), p. 145.

⁵¹ NÚÑEZ, I., *ob. cit.*, p. 100.

3.3. La etapa josefina de Mazarredo

Tras la gran afrenta que supuso su destierro, no es de extrañar que Mazarredo aceptara la invitación de Napoleón de acudir a la Asamblea de Notables que se celebraría en Bayona en junio de 1808, en la que finalmente se juró fidelidad al nuevo rey José I⁵². Dezcallar opina, al igual que la mayor parte de los historiadores, que Mazarredo se movió a lo largo de su carrera con mucha más comodidad en el plano profesional que en el político, y que el gran error de su vida fue desde luego un error político, su opción a favor de José I, quien le nombró ministro de Marina⁵³, permaneciendo en el cargo hasta su muerte en 1812⁵⁴. Sin embargo, no es tan sencillo calificar de error político esta decisión, sobre todo teniendo en cuenta el tiempo que le tocó vivir a Mazarredo, y la gran cantidad de factores que pudieron influir en su “afrancesamiento”. En primer lugar, el término afrancesado siempre ha estado cargado de una connotación despectiva y negativa, de hecho se tiende a usarlo como sinónimo de traidor a España. Un significado manipulado y degenerado que no responde a una situación real. Hay que aclarar que no hubo solo un tipo de afrancesamiento, el que se entiende como afrancesamiento ideológico e intelectual, es decir, de convicción. A este hay que añadir otro coyuntural y oportunista, de gente que, por diversos motivos, se prestaron a unirse al enemigo. Pero existe también un tercero que reclama el mérito de servir a España desde posiciones forzadas e incómodas pero que en su trasfondo puede ser un afrancesamiento de puro patriotismo⁵⁵. Este último sería el caso de Mazarredo.

El almirante bilbaíno, junto con otros ilustres compañeros, como Urquijo, Cabarrús, O’Farril y Goya, deciden unirse voluntariamente a Bonaparte para apoyarle en sus proyectos reformistas y seguirle en su política porque creían firmemente que con ello lograrían la salvación de España. Tengamos en cuenta que la relación de Mazarredo con la monarquía de Carlos IV y el gobierno de Godoy no había sido la más cordial. Tal y como hemos podido comprobar, en los últimos años el almirante sufrió en efecto el desprecio y la incompetencia de aquellos a los que fielmente servía, aunque desde el

⁵² En la Asamblea celebrada en Bayona se reunieron los representantes de las provincias españolas que aceptaron la invitación de Napoleón, más toda una serie de españoles pertenecientes a la élite española como es el caso de Mazarredo. Allí aprobarían el Estatuto otorgado por Napoleón y jurarían fidelidad al nuevo rey, José I.

⁵³ DEZCALLAR, R., ob. cit., p. 229.

⁵⁴ BERTOMEU, J. R., «La colaboración de los cultivadores de la ciencia españoles con el gobierno de José I (1808-1813)», en GIL, A. (ed.), *Ciencia e independencia política*. Ed. Orto, Madrid, 1996, p. 186.

⁵⁵ CERVERA, J., ob. cit., p. 86.

otro lado no se viera así. Miguel Artola cita en su libro sobre los afrancesados la incompetencia y cuestionable gestión de Godoy, así como el resentimiento hacia un gobierno que no reconocía los méritos de sus súbditos, sino los intereses personales, como factores que indujeron a numerosos ilustrados españoles a optar por José Bonaparte⁵⁶. Y es que la mayoría de estos afrancesados eran ilustrados que, ante el caos político que suponía el reinado de Carlos IV y el rumbo desastroso de los acontecimientos, vieron en la alianza con los Bonaparte la única manera de salvar a España de las políticas clientelistas y el atraso político-social. Mazarredo por su parte, vislumbraba también que con el nuevo gobierno podría culminar el sueño por el que había trabajado toda su vida, la formación de una bien organizada Armada moderna y eficiente.

Sin embargo, esto no suponía la total sumisión a los nuevos dueños del país. Los afrancesados, y entre ellos especialmente Mazarredo, siempre antepusieron los intereses de España a los de Francia. Paradojas del destino, Mazarredo se vio obligado una vez más a evitar que los franceses pudiesen disponer a su antojo de los pocos buques que quedaban en la maltrecha flota española, esta vez siendo Ministro de Marina de un rey francés. Esta acción es un claro ejemplo de que, para Mazarredo, la defensa de la integridad de su país iba más allá del rey al que servía.

Mazarredo llegó a ser ministro de Marina de José I por recomendación directa del mismísimo Napoleón, quien a pesar su rivalidad conocía las cualidades del vasco y sabía de la importancia de contar con alguien como él en el gobierno de su hermano⁵⁷. No obstante, Mazarredo, no pudo llegar a serlo de manera satisfactoria, ya que las circunstancias y sus problemas de salud se lo impidieron⁵⁸. Sobrepasaba ya los 60 años, y los avatares de su vida habían hecho mella en él. Permaneció en la Corte encabezando sobre el papel un ministerio que no disponía en la práctica ningún barco que dirigir. Su labor estuvo encaminada a tratar de agrupar y formar una Armada decente, a pesar de los escasos recursos y oficiales de los que disponía⁵⁹ y, sobre todo, a proteger a sus antiguos camaradas de las persecuciones de los franceses. En la colección de Mazarredo

⁵⁶ DEZCALLAR, R., *ob. cit.*, p. 229.

⁵⁷ BARBUDO, E., *ob. cit.*, p. 815.

⁵⁸ MERCADER, J., *José Bonaparte Rey de España. 1808-1813 Estructura del Estado español Bonapartista*, CSIC, Madrid, 1983, p. 100.

⁵⁹ La gran mayoría de la oficialidad de la Armada se alineó con los independentistas, solamente dos almirantes de la nómina del generalato, José Justo Salcedo y Pedro de Obregón tomarán partido por el rey intruso. CERVERA, J., *ob. cit.*, p. 90.

del Archivo del Museo Naval, varios documentos muestran cómo trató de atenuar en lo posible la persecución de que eran objeto los que no prestaron juramento de fidelidad al rey José⁶⁰. Tras su muerte quedó disuelto el Ministerio de Marina, pasando a formar parte del Ministerio de Guerra⁶¹.

Cuando Mazarredo tomó su decisión sabía que tendría el rechazo, cuando no el desprecio de sus compañeros, de los que hasta entonces no había tenido más que muestras de consideración y de respeto. Y como muestra esta carta con la que el jefe de escuadra, y héroe de Trafalgar, Francisco Javier de Uriarte, y por el que Mazarredo siente gran aprecio, respondió al ministro de José I, tras solicitarle que se presente en Palacio con el fin de prestar juramento de fidelidad al intruso:

*«Excmo. Sr. He recibido el oficio de V.E. de esta fecha en el que me previene me presente en la Secretaría de Marina con objeto de prestar juramento de fidelidad en manos del Rey, cuyo honor dice V.E. quiere dispensar a los Generales del Ejército y de la Armada. Ni mi honor ni mi conciencia me permiten acceder al mandato de V.E., juramento que tengo hecho a mi legítimo Soberano, S.M. el Rey Don Fernando VII y estoy presto a perder mi empleo y mi vida, antes de acceder a lo que V.E. solicita en su oficio que dejo contestado. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 22 de julio de 1808».*⁶²

Es de suponer que como esta carta Mazarredo recibió muchas más, a cada cual más dolorosa, por tratarse de amigos íntimos y queridos. Pero siguió apostando por lo que él creía que era la mejor salida para España. Del mismo modo, también hubo de sufrir el odio del pueblo. Una curiosa muestra de este sentimiento, se halla contenida en una de las numerosas «propuestas» anónimas dirigidas a las autoridades patriotas:

*«Visiblemente protege Dios la causa de España: esta quizá ya estaría libre de enemigos si no fuera por varios indignos españoles que no solo auxilian a aquellos sino que los contienen y aconsejan. Tales son O'Farril, Negrete y otros. Para conseguir acabar de intimidar a Bonaparte, su hermano el Intruso, y demás sus auxiliares convendría se publicase una Real Orden o manifiesto ofreciendo cincuenta mil duros al que matase a dichos Napoleón y Botella, y veinte y cinco mil el que matase a Negrete, O'Farril, Mazarredo y otros de esta inicua especie, e igual cantidad al que mate a cualquiera de los demás hermanos sus mujeres e hijos, y lo mismo a las mujeres e hijos de todos los que vilmente auxilian al soez y vituperable Napoleón».*⁶³

En su correspondencia de los últimos años, flaquea su fe en la causa de José, aunque, a pesar de su desilusión y de sus dudas, *le faltó la voluntad para tomar la*

⁶⁰ VIGÓN, A. M^a, *ob. cit.*, p. 6.

⁶¹ MERCADER, J., *ob. cit.*, p. 101.

⁶² CERVERA, J., *ob. cit.*, p. 89.

⁶³ CEPEDA, J., *ob. cit.*, págs. 77-78.

*decisión de retractarse*⁶⁴. Finalmente, Mazarredo moriría en Madrid en 1812, consumido por la amargura y la desilusión, lejos de casa y sin amigos que le apoyasen, y viendo cómo su nombre y su figura quedaban manchados a ojos de la Historia. Solo una vez fallecido y gracias a estudios posteriores se pudo restituir imagen del marino vasco y devolverle al lugar de honor que la Historia le reservaba⁶⁵.

4. CONCLUSIÓN

El almirante José de Mazarredo era uno de los marinos más completos de la Ilustración española. Aunaba en su persona una gran pasión por el mar, una inteligencia despierta, un espíritu luchador y una mentalidad reformadora, todas las cualidades de las que podía hacer gala un ilustrado. Además de marino fue hombre de ciencias, diplomático, educador, organizador y político. Y en tan diversos campos el bilbaíno destacó siempre por sus múltiples capacidades. Siempre a caballo entre dos épocas y dos mentalidades diferentes y antagónicas, el vasco siempre se mantuvo con los ideales invariables y trabajó incansablemente para tratar de reformar y modernizar el mundo que le rodeaba. En vida gozó del aprecio y reconocimiento tanto de sus compañeros de profesión como de la élite científica, y sus consejos se tenían siempre en la más alta estima.

Sin embargo, durante largo tiempo la imagen del ilustre marino bilbaíno quedó deslucida por haber formado parte del gobierno de José I Bonaparte hacia el final de sus días. Pero juzgar toda una vida de intachable expediente por solo un apartado de la misma sería injusto, además de no responder a la realidad de los hechos. Más bien, a Mazarredo no se le puede llegar a entender en su totalidad sin antes analizar el contexto en el que se desarrolla su carrera, especialmente su constante enfrentamiento con el poder político. En un sistema en el que primaba el clientelismo, Mazarredo, un hombre que había ascendido a lo más alto gracias exclusivamente a su talento, además de ser uno de los más férreos defensores del mérito por encima de la condición nobiliaria, chocaba con los ideales de una elite formada por aduladores y oportunistas. El poco, por no decir nulo, entendimiento entre ambas partes terminó por derivar en el desencanto

⁶⁴ *Ibíd.*, p. 94.

⁶⁵ Hasta pasada la primera mitad del siglo XIX la Marina no reconoció públicamente los méritos de Mazarredo dando su nombre a una de sus recién construidas corbetas en 1874. BARBUDO, E., *ob. cit.*, p. 815.

del marino con el poder político. Por tanto, Mazarredo, harto de la incompetencia y corrupción de sus superiores, vio en los invasores franceses el fin de esta lacra, pues los ideales de Napoleón acerca del mérito se asemejaban bastante a los del marino vasco, además de una buena oportunidad de culminar su sueño de una bien organizada Armada.

En definitiva, Mazarredo fue un eminente marino reformador y renovador que sin embargo, se topó con un obstáculo infranqueable, el peor vestigio del Antiguo Régimen: la inmovilidad y corrupción de la élite política española. Además, huelga decir que el almirante vasco no lo tuvo fácil, al coincidir en el tiempo con un rey de carácter débil y manipulable, como era Carlos IV, y un primer ministro oportunista y ambicioso, como era el valido Godoy. De haber contado con superiores más capaces e ilustrados los logros y méritos de Mazarredo habrían sido convenientemente reconocidos y recompensados en su época y no habría sido necesaria una revisión de su figura póstumamente para devolver a tan insigne marino el merecido reconocimiento y honor que se merece.

«La humanidad perdió en él un corazón dulce, candoroso y benéfico; la Marina, el genio que más la ilustró en estos últimos tiempos, y la nación, un hombre veraz, activo y celoso, que sabía decirle al Gobierno la verdad toda entera, sin disimulo ni reticencias».

Martín Fernández de Navarrete

5. Apéndice Documental

DOCUMENTO N° 1

Entrevista de Mazarredo con Napoleón el 8 de marzo de 1800, según el informe que envió a Madrid. (CEPEDA, J: «El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón», en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp.79-80).

«Habló mucho, con variedad y poco tino, anunciando que aprestaría, si podía ser, hasta 20 navíos; que saldrían con los míos; que recogeríamos la del Ferrol; que delante del Estrecho la completarían hasta 24 navíos para seguir a Malta; que con los demás entraría en Cádiz, y, componiendo 20 o poco menos, llevaría seguidamente la expedición para Menorca y la desembarcaría en dos o tres días, [...], para volvernos juntos al Oeste. A mis contestaciones de la imposibilidad de la maniobra a Menorca, no haciéndola de primera mano, y sin entender la dificultad que yo le explicaba de interposición de fuerzas enemigas con superioridad a las nuestras, divididas, y aun probablemente a ellas unidas, salió hasta con la especie de que si el Rey le daba 6.000 hombres para custodia de la Vendé, él haría con tropas francesas la expedición a Menorca; [...]. Aparece la inconsecuencia de esta indicación, pues si para encargarse de hacer la expedición a Menorca necesitaba seis mil hombres nuestros que custodiasen la Vendé, mal puede fijarse en la posibilidad de enviar un ejército de 25.000 a 30.000 hombres a Irlanda, [...] Le dije finalmente que podía contar con que mi voluntad no reconocía otra superior para el servicio; pero no cabía que yo anunciase lo que no era practicable en la mar: que no lo era la expedición a Menorca, como pensaba, y no había otro medio de hacerla que el por mí propuesto, anticipándola al socorro de Malta; y tanto más cuanto que me decía [...] que todo lo que se podía hacer era darle cinco navíos que fuesen desde el Estrecho con los suyos, y quedarme yo con los demás para lo que conviniese y el Rey mi Señor gustase disponer; [...] En estas disputas mediaba buen humor, riéndose de que no nos pudiésemos concordar, y le repetí en la misma forma que nunca podía proponer lo que se oponía a mi entender; y aprovechándome de las mismas circunstancias de buen humor, le dije que lo que importaba, desde luego, era que desistiese de la salida de las escuadras a la caza del enemigo, pues veía las dificultades de víveres y otras, y nuestra conducta debía ser prepararnos bien a golpe seguro anticipado, y de otro modo lo perderíamos siempre todo. Y concluí con que me iba esta noche, y llegando a Brest me comportaría como tenía anunciado en mis escritos anteriores. Me dijo que no podía irme todavía; que fuese a comer mañana con él y acabaríamos de concertarnos».

DOCUMENTO Nº 2

Informe sobre las conversaciones mantenidas entre Napoleón y Mazarredo en París el 10 de marzo de 1800. (CEPEDA, J: «El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón», en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp. 80-82).

«Bajo estos principios procedió el general Mazarredo en sus planes: uno, con la totalidad de las fuerzas de las dos naciones; otro, con las parciales, quedando una respetable en Brest. El segundo parte de una hipótesis que se puede falsificar; a saber: que la inglesa envía del Norte sólo 20 a 22 navíos. [...] El primer cónsul no ha adoptado ni uno ni otro plan. [...] Ha pensado, no obstante, con especialidad en el socorro de Malta, y a este fin mandó aprontar con preferencia 14 navíos y luego 3 más, que están listos, al parecer, con provisiones suficientes para una buena campaña y para el socorro; y trata ahora del modo en que se lleve a efecto, conciliado con la expedición a Menorca, sin que ésta corte el objeto directo y previo a Malta. [...] ¿Brest puede aprontar los 31 o 30 navíos franceses que tiene en su puerto? En este caso, y con los 15 españoles que hay allí, los seis de Ferrol y cuatro de Cádiz, no hay más que guardar secreto, se puede todo: se lleva la expedición a Menorca y se conquista; se socorre a Malta; se bate y se destruye a cuanto enemigo hay en el camino, o se impide la unión de nuevas fuerzas enemigas; [...] ¿Francia no puede aprontar en Brest más de 20 navíos y el primer cónsul mira con preferencia el socorro pronto y directo a Malta, a cuyo fin se refuercen aquéllos con españoles desde el Estrecho de Gibraltar, hasta el número 24, para asegurar la superioridad en el tránsito a Malta? En este caso no puede hacer más que esta operación. Yo completaré hasta el número de 24 navíos la escuadra francesa, quedándome, por ejemplo, con 17 delante de Cádiz, incluidos los 6 del Ferrol, más los 4 de Cádiz que salgan a reunírseme. Pero la expedición a Menorca no puede hacerse. [...] El primer cónsul puede elegir la proposición que le parezca de las dos, según sus diversos elementos; [...] Mazarredo, aunque se ha prestado a pasar por el telégrafo al general Gravina la orden de salida con la escuadra francesa, a dar caza a la enemiga que bloquea a Brest, a causa de la responsabilidad con que el primer cónsul se ha conminado de los perjuicios que acarrearía en el estado presente de las cosas la inacción de las fuerzas españolas, no puede dispensarse de repetir que será una maniobra absolutamente inútil al objeto, de ventaja al enemigo, que huiría bien anticipadamente sobre su Canal de la Mancha si es inferior; y que sólo producirá perjuicios a la buena habilitación y podrá tener otras consecuencias muy desagradables a las dos naciones, siendo tan posible, tan fácil la salida de mayores fuerzas inglesas del Canal antes que las combinadas puedan volver, a tomar el puerto de Brest. París, 10 de marzo de 1800».

6. BIBLIOGRAFÍA

BARBUDO, E., *Don José de Mazarredo, Teniente General de la Real Armada*, Ed. Fragata Libros Náuticos, 2008 (1ª Ed. Madrid, 1954).

BERTOMEU, J. R., «La colaboración de los cultivadores de la ciencia españoles con el gobierno de José I (1808-1813)» en GIL NOVALES, A. (ed.), *Ciencia e independencia política*, Ed. Orto, Madrid, 1996, pp. 175-213.

CEPEDA, J., «El almirante Mazarredo, embajador de España ante Napoleón», en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp. 67-84.

CERVERA, J., «El almirante Mazarredo: un marino profesional en un marco ilustrado» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp. 93-103

CERVERA PERY, J., «Mazarredo: un marino ministro de José Bonaparte» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009, pp. 85-95.

DEZCALLAR, R., «El Almirante Mazarredo, ilustrado y afrancesado», en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 4, 2009, pp. 223-232.

DUQUE DE ESTRADA, Mª D. y SCHULER, S., «La presencia del linaje Guendica y sus ramificaciones en los reinos de las Indias» en MENÉNDEZ, F. (coord.), *Anales de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía*, Vol. X, Madrid, 2007.

FERNÁNDEZ, F. J., *Los ideales científicos y políticos de los marinos ilustrados españoles del siglo XVIII*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2014.

FUGIER, A., *Napoleón y España 1799/1808*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008.

GONZALEZ-RIPOLL, Mª D., *Bajo pólvora y estrellas. Churruca y otros marinos vascos de la Ilustración*, Museo Naval, San Sebastián, 2000.

GUIMERA, A., «Mazarredo, un marino ilustrado y científico» en *XXXIX Jornadas de Historia Marítima*, Madrid, 2009.

KUETHE, A., «La crisis naval en tiempos de Carlos IV» en *Minervae Baeticae, Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 2ª época, 42, 2014, pp. 269-281.

LAFUENTE, A. y SELLÉS, M., «El Proceso de Institucionalización de la Academia de Guardias Marinas de Cádiz 1717-1748», en *Actas del III Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*, Vol. 2, CSIC, 1986, pp. 153-175.

LÓPEZ-SÁNCHEZ, J. F. y VALERA, M., «El Observatorio Astronómico de la Academia de Guardias Marinas de Cartagena», en *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, vol. 17, 1994, pp. 343-355.

MERCADER, J., *José Bonaparte Rey de España. 1808-1813 Estructura del Estado español Bonapartista*, CSIC, Madrid, 1983.

NUÑEZ, I., *El Teniente General de la Real Armada Don José de Mazarredo Salazar y Cortázar*, Diputación de Vizcaya, Bilbao, 1945.

PÉREZ, P. y MÓ, E., «Las mujeres en los espacios ilustrados», *Signos Históricos*, 13, 2005.

PORRES, R., «Élites, poder provincial y reformismo borbónico en el País Vasco del siglo XVIII» en LÓPEZ, M. (ed.), *Élites y poder en las monarquías ibéricas. Del siglo XVII al primer liberalismo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, pp. 129-154.

RIBECHINI, C., *De la Guerra de la Convención a la Zamacolada. Insumisión. Matxinada. Dispersión*, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1996.

ROMERO, A., «Mariano Luis de Urquijo, testigo y protagonista involuntario del motín de la Zamacolada (1804)» en *Brocar*, 33 (2009), pp. 115-147.

SAIZ, A., *Mazarredo y Urquijo: Entre dos fuegos*, Muelle de Uribitarte, Bilbao, 2008.

SELLÉS, M.; PESET, J. L.; LAFUENTE, A., «Las actividades e instituciones científicas en la España ilustrada», en *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Alianza Universidad, Madrid, 1989.

VIGÓN, A. M^a, *Colección Antonio de Mazarredo*, Instituto de Historia y Cultura Naval, Madrid, 1987.